su decrépita abuela, único sosten con que contaba en la tierra, habia puesto en brazos de la Marquesa.

Esta abrió las pobres mantillas del huérfano para besarle cariñosamente en la frente, y fué luégo, seguida de todos, á depositarlo en la cunita preparada de antemano para el inocente huesped.

Pensóse entónces en dar principio á la fiesta, que habia de tener lugar en la misma alcoba de Alvarito: comunicaba esta por un lado con la de sus padres, y hallábase separada por el otro con un tabique corredizo del aposento de Miss Folck. Allí era donde, sin que el niño sospechase su existencia, se habia levantado el maravilloso nacimiento, de tal modo, que corriendo de repente el tabique divisorio, apareciese en todo su esplendor á la vista del niño. Encendiéronse los centenares de luces, y parientes, niños y criados, provisto cada cual de panderetas, zambombas, pitos y sonajas, fueron á colocarse detras del Nacimiento. La Marquesa cogió una bandera, y atravesando de puntillas la alcoba de su hijo, fué á ocultarse en ella detras de una cortina: el Marqués....¡ah! Marqueses y no Marqueses de retorcidos bigotes y peinadas perillas, que andais por ahí buscando, sin encontrarlos, nuevos placeres; oidlo bien, y reid si os place de aquel compañero vuestro, que tan á mano los hallaba!....El Marqués, aquel ilustre Marqués, que el 22 de junio se batió solo contra siete, agarrado à una cureña, y el 18

de Septiembre tiró, á la cara de un general traidor, la escarapela revolucionaria que éste le ofrecia; aquel Marqués, decíamos, corria también de puntillas con una enorme zambomba cargada de cascabeles, á ocultarse junto á su esposa detras de la cortina, para esperar impaciente la campanada de las doce, y despertar à su hijo, cantando, ébrio de dicha, humildes coplas de Noche-Buena!....

Sonó por fin aquella hora, llena de alegrías y de misterios, y el tabique se descorrió de un golpe, dejando aparecer aquel foco de luz inmenso, al mismo tiempo que las panderetas y zambombas sonaron alegremente, acompañando á las voces que cantaban unidas.

¡Alegría, alegría, alegría!
Que ha parido la Vírgen María,
Sin dolor ni pena,
A las doce de la Noche-Buena....

Alvarito se incorporó de un salto, abriendo los ojos asombrado.

—¡Noche-buena! ...¡Noche buena!—exclamò, fuera de sí cruzando las manitas; y ligero como un pàjaro saltó de la cama, atravesó corriendo la alcoba, y fué á caer de rodillas ante el Nacimiento, con las manitas cruzadas sobre el pecho é inclinada la cabecita....¿Qué pasaria entónces por el alma de aquel niño afortunado? ¿Creeria que se hallaba realmente en los cielos, oyendo cantar el *Gloria in excelsis?* ¿Veria quizá, en efecto, al Niño-Jesús,

que sonriendo le tendia la mano?....Es lo cierto, que cuando su madre acudió à envolverle en una gran capa de pieles, el niño se resistia á abandonar su actitud estática; y cuando su padre le levantó en brazos, besándole con delirio, gruesas lágrimas se desprendian de sus puros ojos azules, y llevándose una manita al corazón, que le latia apresurado, exclamaba fuera de sí:

—¡Ay! ¡ay!....¡déjame! ¡déjame!....que yo seré siembre bueno....y no le sacaré á Miss Folck la lengua! .....

Pasados aquellos primeros transportes de sorpresa y santo júbilo, la Marquesa se sentó al pié del Nacimiento, para vestir al huérfano en memoria del Niño Divino: uno le traia el agua tibia y perfumada; otro le presentaba los pañales zahumados con romero y alhucema; aquél queria colgarle él mismo en las fajitas el *brevetin* bordado de lentejuelas que encerraba los Evange ios, y cuando ya vestido el pobre huérfano, fué Miss Folck á mullirle la almohadita de la cuna de caoba que también le regalaba la Marquesa, Alvarito se la arrancó violentamente de las manos, gritando:

—¡No!....¡esa no!....¡La mia! ¡la mia!....

Y corriendo hácia su cama trajo su almohadita de tafeten rosa, con funda de finísima holanda, y la colocó él mismo bajo la cabeza del huérfano.

A la mañana siguiente recogió la Marquesa aquella almohada, como quien recoge una reliquia, y adornándola con encajes de grandísimo valor, fué á colocarla bajo la cabeza de un hermoso Niño-Jesús, digno de Montañes, ó la Roldana, que, acostado en un pesebre de plata, ocupaba el centro del altar de su magnífico oratorio.

III.

Habia pasado un año, y vuelto á llegar la Noche-Buena, con esa inalterable regularidad del tiempo, cuyo impasible paso deshoja hoy las alegrías de ayer, y seca mañana las lágrimas de hoy....Muchas se derramaban aquella noche en el palacio de los Marqueses: los criados andaban de un lado á otro tristes é inquietos; numerosas visitas entraban y volvian à salir, por no encontrar en aquellos salones desiertos quien las recibiera, ni atreverse tampoco á penetrar en aquella risueña alco-

ba de Alvarito, en que se habian entronizado entónces el dolor y la muerte. El niño se hallaba agonizando: su padre, aquel hombre robusto y valiente, de corazón de acero y miembros de hierro, á quien jamas doblegó temor alguno, yacia anonadado, sin movimiento, tendido, en un sofá, sin dar otra señal de vida, que estremecimientos nerviosos y sollozos convulsivos. La Marquesa, por el contrario, parecia encontrar fuerzas, en la misma inmensidad de su dolor: serena al parecer, enérgica, sin haberse movido en tres dias consecutivos del lado de su hijo, ni aun para tomar alimento, le oprimia entónces entre sus brazos, envuelto en una manta de borrar de seda, y expiaba sin cesar el rostro cadavérico del niño, que parecia sumido en un letargo, precursor sin duda de la muerte. A su lado estaba la Baronesa Inès, sentada junto á la camita vacía, sobre la cual se hallaban esparcidos multitud de juguetes, con que en vano habian intentado distraer al inocente enfermo. De cuarto en cuarto de hora entraban dos médicos en la estancia, y después de reconocer al niño, se alejaban haciendo tristes augurios.

A las once y media tomó la Baronesa un vaso que contenia una medicina, y se puso de rodillas junto al niño, para hacerle tomar una cucharada que había recetado el médico. Su madre le movió dulcemente.

—¡Alvar!....¡Alvarito!—le dijo, con suave voz, que parecia una caricia.

Mas el niño no contestaba ni se movia, y su fatigosa respiración se asemejaba siempre á un quejido contínuo. Angustiada la Marquesa acercó sus labios al oído del niño, y repitió en voz más alta y más temblorosa.

—¡Alvaro!....¡hijo mio!.....¿No me oyes?.... ¿Quieres á tu madre?....¿Me quieres? ..

El niño abrió los ojitos, y lo miró fijamente sin contestar: alzó luégo su manita enfiaquecida, y acarició con ella aquellas mejillas pálidas por el insomnio, que se inclinaban sobre su rostro: después la dejó caer extenuado, y volvió á cerrar los ojos.

La Baronesa intentó entónces introducir en su boca la cuchara mas, de tal manera se habian encajado los dientecitos del niño, que fué imposible hacerle tragar aquella medicina, que era ya la última esperanza. La Baronesa se echó á llorar, y llamó entónces á los médicos; el más anciano habia salido, y el otro le dijo en voz baja:

—Es inútil: no tardará una hora en llegar la agonía.

De allí á poco sonó una campanada, y luégo otra y después otra, hasta sonar doce, anunciando que el Niño-Dios bajaba del cielo, à traer paz en la tierra á los hombres de buena voluntad, Un extraño fenómeno se operó entónces en aquella estancia: el Marquès se incorporó pàlido como la muerte: su mujer apartó del niño sus ojos extraviados, para tender en torno suyo una mirada medrosa: la Baronesa dió dos ò tres pasos sin dirección fija,

mirando á todas partes aterrada... Hubiérase dicho que ALGO que no era de este mundo habia cruzado en aquel momento la alcoba, infundiendo en los presentes ese misterioso terror que pega la lengua al paladar y eriza los cabellos; ese pavor divino, que despierta siempre en el alma, todo lo que es sobrenatural y milagroso. Una convulsión terrible agitó al mismo tiempo el cuerpecito del niño, y oyósele gritar distintamente:

—¡Me muero!....¡Mamá, me muero!.....¡El Niño me trae la almohadita!.....

La Marquesa se levantó, como movida por un resorte, pálida, rígida como un muerto, y exclamó tendiendo el niño á su prima.

—¡Tenlo!

—¿Pero qué haces?—exclamaba aquèlla espantada.

—¡Tenlo, te digo!—repitió la madre con un acento, que no parecia humano; y dejando al niño en brazos de la Baronesa, salió rápidamente del cuarto, entró en el oratorio, cogió aquella almohadita de Alvarito, que un año ántes habia colocado ella misma bajo la cabeza del Niño-Divino, y volviendo apresuradamente á la alcoba, reclinó en ella á su hijo moribundo.

—¡Alvaro! ¡Alvaro!—decia, rodeando un abrzo al cuello de su marido, y arrodíllándose, abrazada á él, junto á la camita del niño... ¡Si Jesùs no lo salva, nos quedaremos sin hijo!....

Reinó entónces un silencio, que á veces interrumpia un sollozo, y dejaba oir siempre la angustiosa respiración del niño: poco á poco aquel estertor fuése haciendo ménos fatigoso: una hora después era sólo agitado, y al amanecer, cuando los primeros reflejos del alba iluminaron el rostro del niño, blanco cual un jazmin cortado á la mañana, era su respiraciòn la de un sueño tranquilo.

Entónces entró el más anciano de los médicos, y preguntó, después de examinar al niño, si habia tomado la medicina. La Baronesa se la mostró con el dedo, intacta en el vaso.

—Pues entónces,—dijo el anciano, moviendo la cabeza,—el Niño-Jesús es quien le devuelve á V. su hijo.

La Marquesa extendió los brazos, y lo que no habia logrado el dolor, lo pudo la alegría: lanzó una especie de gemido, y cayó sin conocimiento al pié de la cama de su hijo.

IV.

Aquella noche de Navidad impresionó tanto á la Baronesa, que jamas volvió á dar en su casa Misas del Gallo. Entreteniase con su prima en preparar la canastilla para el Niño-Jesús, y acudia con todos sus hijos á presenciar y tomar parte en aquella santa costumbre, tan antigua en su familia.

Las revistas de salones lamentaban el eclipse de aquella brillante estrella, y el hogar de sus hijos recobraba el santo calor de su corazón de madre. Mas no por ser madre excelente dejó de ser gran señora, ni necesitó tampoco para convertirse en perfecta cristiana, pasar todo el día rezando en la Iglesia, *envuelta*, como cierta ilustre dama teme, *en manto largo, largo, largo....*

FIN

La Pascua Florida

—Y—

EL CUARTO AYUNAR.

NOVELA ESCRITA

—POR EL—

P. LUIS COLOMA.

—DE LA—

COMPAÑIA DE JESUS.

—EDICIÓN DE "LA DEFENSA."—

MONTERREY, MÉX.

Imprenta Católica, calle de Dr. Mier, número 70.

1893.